

RUFO GARCÍA, JUAN (1547 – 1620)

*ROMANCE DE LOS COMENDADORES*

Mueva mi voz sus acentos,  
haciendo triste sonido;  
deme de su aliento Apolo,  
las Musas lloren conmigo,  
pues he de cantar llorando  
amores que, en fuerte signo,  
nacieron de dulces yerros,  
condenados al cuchillo:  
un caso con fin terrible  
y lisonjeros principios;  
hazañas de aquel dios fiero  
que el mundo llama Cupido.

Tú, pues, ídolo de amantes,  
informa y rige mi estilo,  
pues tu néctar y ambrosía  
son lágrimas y suspiros;  
que si de ti una centella  
enciende mi pecho frío,  
haré eterno este suceso,  
y tu nombre, más temido.

Córdoba, ciudad famosa,  
madre de famosos hijos,  
de Sénecas, de Lucanos,  
capitanes y caudillos,  
fue del romano Marcelo  
illustre y claro edificio,  
por lo fértil del terreno  
y lo admirable del sitio:  
debajo de fausto clima,  
junto al Betis, sacro Nilo,  
en lo mejor de Vandalia  
y su más llano distrito.

Añadió a la diligencia  
con que esté donde previno  
la curiosidad del cuándo  
en su dichoso principio;

contempló el celeste curso,  
los planetas y los signos,  
observando todo aquello  
que a su intento satisfizo.

Bien lo muestran las edades,  
y bien son dello testigos,  
los años autorizados  
y los venerables siglos:  
que es mina productora,  
no de los metales indios,  
sino de sabios y fuertes,  
que son al mundo prodigios.

Uno déstos fue Hernando,  
que el Veinticuatro se dijo,  
subjeto de este poema,  
y de más elogios digno.  
Córdoba, pues, fue su madre  
y le dio noble apellido,  
por ser de sus ganadores  
ramo illustre y florecido:  
en el valor excelente  
fue un Licurgo, un Censorino,  
respetado por valiente  
y por cortés bien querido.

En la guerra y en la paz  
fue capitán y ministro,  
hasta privar con el Rey,  
sin ambición ni artificio.  
Casó con Doña Beatriz,  
de linaje esclarecido,  
perdona, lector curioso,  
si el renombre no te digo;  
baste para ver quién era  
ser mujer de tal marido;  
que no es bien, nombrando un muerto,  
avergonzar muchos vivos.

Vivieron algunos años  
alegres y sin fastidio,  
en el recíproco lazo  
del trato honesto avenidos,  
hasta que la suerte dura  
dio lugar a los lacivos,

y la femenil flaqueza  
perdió la rienda y estribos,  
y a la virtud prefiriendo  
un pensamiento atrevido,  
abrió puerta a grandes males,  
con memorable castigo.

Dime, Amor, tirano injusto,  
fiscal del libre albedrío,  
si diste siempre más pena  
por los mayores servicios  
y a los que adoran tus aras  
eres mortal enemigo,  
¿cómo está por todo el orbe  
tu poder tan estendido,  
y tu pendón levantado  
es de más huestes seguido  
que las banderas de Xerxes,  
cuando agotaban los ríos?

Di, falso, ¿qué aguas leteas  
das al humano sentido,  
que los daños que nos haces  
parece que desmentimos,  
sin que nos valga experiencia  
de ningún costoso aviso,  
que el mayor mal de tus males  
es cebarse de sí mismos?

Tú echaste a Troya del mundo,  
y de Roma a los Tarquinos,  
los Reyes Godos de España,  
con espantosos prodigios;  
y pues tus hechos atroces  
proceden en infinito  
baste el ultraje de Urías  
por quien lo mandó y lo quiso,  
y lo que por causa tuya  
el hombre más sabio hizo,  
para que el linaje humano  
te juzgue por enemigo.

Truéquese tu falso nombre  
en el contrario sentido:  
no te pinten ya desnudo,  
sino de engaños vestido;

ni tampoco niño tierno,  
sino viejo antojadizo;  
ni ciego, pues no has cegado,  
habiendo hecho infinitos;  
y aquellos dulces poetas  
que siempre hablan contigo,  
yo ignoro su presupuesto  
y sus canciones no invidio:  
porque debe la violencia  
de tu furor encendido  
destemplar su sentimiento  
con encantados hechizos,  
y así, hacen disonancias  
en el lenguaje y estilo,  
que a veces en un momento  
padecen calor y frío,  
de un agravio están quejosos  
y del mismo agradecidos;  
ya tiemblan de muy cobardes,  
ya se pierden de atrevidos,  
ya mueren, ya resucitan...

¡Oh bienes mal espendidos!  
¡Oh ingenios mal ocupados,  
llorad el tiempo perdido!  
Cuántas guerras, cuántas famas  
se hubieran esclarecido  
con el estudio que os cuestan  
las travesuras de un niño;  
y aun por tales elecciones  
toma licencia el Olvido,  
y escurece la memoria  
de sucesos peregrinos,  
como este que celebramos,  
del cual sin recelo digo  
que si mi pluma y cuidado  
algo tienen merecido,  
y las musas castellanas  
siguen lo griego y latino,  
todo el tiempo que de Homero  
resonaren los escritos  
y con aplauso se oyere  
la Eneida del rey Virgilio,  
será tu nombre, ¡oh Fernando!,  
muchas veces repetido,

pues tanta fama ganaste  
donde tantos la han perdido,  
unos por mucha ignorancia  
y otros por mucho sufridos.

Estando, pues, la Fortuna  
cansada de haber subido  
este insigne caballero  
al punto de más peligro,  
determinó derriballe  
desde la cumbre al abismo,  
y, tentando varios modos,  
no hubo efecto en su designio,  
hasta que de Amor cruel  
invocó el poder y auxilio,  
retrato suyo en mudanzas,  
y en sinrazones su hijo.

Era en aquella sazón  
en su misma patria obispo  
Don Pedro de Soliel,  
devoto y caritativo;  
dos hermanos, hombres de Orden,  
tiene el prelado consigo,  
galanes en todo extremo,  
comendadores y ricos:  
uno es Jorge, otro Fernando,  
y Córdoba su apellido;  
que en el monte nace a veces  
lo que abrasa al monte mismo.

Parientes del Veinticuatro  
ellos eran; mas fue visto  
ser para deudos, estraños,  
y crueles para amigos.  
Mas antes que se entendiese,  
eran en casa admitidos  
a visitas agradables  
entre nobles bien nacidos;  
que mal puede prevenirse  
el mal, si viene vestido  
en hábito de virtud  
y a tiempo que no es temido.

Jorge y Beatriz se miraron  
con un afecto encendido,

y, entrándoles por los ojos,  
nunca vieron el peligro,  
hasta que ambos se hallaron  
de flecha mortal heridos;  
que quiso el rapaz artero  
matar dos aves de un tiro,  
aunque, si mejor se advierte,  
mató cuatro veces cinco.

Ya la penetrante vira  
da a la tragedia principio,  
y la venenosa yerba  
va labrando en lo más vivo:  
ella en Jorge se transforma,  
y él en ella es convertido;  
crece el trato, crece el verse,  
el orden ya pervertido;  
y la visita, que un tiempo  
guardó de quartana estilo,  
era ya fiebre continua  
con frenesí y paroxismos;  
la guerra es a fuego y sangre  
y el capitán, fiero y niño,  
hace que los elementos  
los traten como a enemigos:  
lágrimas les daba el agua,  
el aire tristes suspiros,  
la tierra siglos de ausencia  
y el fuego hace su oficio.

Destos contrarios cercados  
y otro número infinito,  
les dio el Amor batería  
y les fue estrechando el sitio;  
sobre un fuerte de esperanza  
les plantó cien basiliscos,  
que el deseo y pensamientos  
disparan como atrevidos.

¿Qué harán dos corazones  
en tan estraño conflicto,  
si no les viene socorro,  
y vacilan sus presidios,  
y si las puertas del alma  
las dan a sus enemigos,  
para entender la flaqueza

de sus tres altos castillos?

Ya Jorge y Beatriz se sienten  
tan ajenos de sí mismos,  
que ni saben defenderse  
ni rendirse a buen partido:  
ambos huelgan de engañarse  
con aparente artificio,  
por no darse espresamente  
en tal error por vencidos;  
y porque del torpe intento  
no les dé el honor aviso,  
las dulzuras y requiebros  
matizan con trato limpio.

¡Oh imposibles pretensiones,  
sofísticos desatinos!,  
si no ponéis tierra en medio,  
si no escapáis del peligro,  
¿de qué sirven circunloquios  
de elegantes atavíos,  
si es añadir leña al fuego  
cuando está más encendido?  
Entretanto iba el tirano  
minando aquel circuito  
con gastadoras congojas  
y pólvora de apetito;  
luego aplicó la centella  
con ocasión, y al proviso  
voló por alto la mina,  
con horrísono bramido.

El son subió por el aire,  
vino al suelo el edificio,  
el muro de la vergüenza  
fue asolado y destruido,  
y del adúltero incesto  
el casto lecho ofendido.

Cobra fuerzas la licencia,  
anda libre el desvarío,  
inconvenientes se allanan  
y sobórnanse testigos.  
menospréciase la parte,  
aunque es para ser temido;  
que Amor no teme ni debe,

si se ve puesto en dominio;  
antes de dificultades  
alimenta sus cautivos  
y acrecienta sus victorias  
con despojos de peligros.

Ésta es la mísera suerte  
de los que, con mal instinto,  
a la amistad verdadera  
prefieren sus apetitos.  
No alcanza mi entendimiento  
cuál de los dos haya sido  
u deba ser más culpado  
en la pena del delito;  
que si Beatriz le es mujer,  
Jorge también es su primo,  
y, caso que [no] lo fuera,  
bastaba el nombre de amigo,  
el cual entre honrada gente  
es linaje conocido,  
estrecho feudo, y sagrado  
homenaje no rompido.

Iba la maldad creciendo,  
con el odio del marido,  
cosa cierta en las mujeres  
que hacen lo que ésta hizo.  
¡Oh martirio de los hombres!  
¡Oh doméstico enemigo,  
desventura inevitable,  
monstro desagradecido!  
¿Quién fue aquél tan riguroso  
que nos dejó introducido  
un gravamen tan enorme  
y fuero tan esquisito:  
que el honor de los varones  
justamente merecido  
restribe en un fundamento  
fácil de ser combatido?

Mas como el daño primero  
guiado por mujer vino,  
y el valor del primer hombre  
se abatió a ser inducido  
de la engañada consorte,  
contra el precepto divino,

quedó el masculino sexo  
muy sujeto al femenino,  
partícipe de su mal,  
cómplice de su delito,  
como ya mancomunado  
en el bien había sido,  
y así, conviene que sean  
agraviados y ofendidos  
siempre que erraren las Evas  
los Adanes, sus maridos,  
y más, que si esto cesase,  
sería mayor peligro  
el de la disolución  
que el del contrapeso esquivo.

Por tanto, préciate, ¡oh patria!,  
del justo rigor y estilo  
con que a las otras ciudades  
eres espejo y aviso.  
Y tú, Fernando, que en esto  
parecerás bien su hijo,  
eternícese tu nombre,  
y el de mis versos contigo,  
porque si hombres te leyeren,  
te alaben siempre conmigo;  
y si mujeres, aprendan  
a temer a sus maridos.

Ausente estaba a estas cosas  
el caballero ofendido;  
que no reserva la ausencia  
de semejante martirio.  
Hállase en Corte, y no acaso,  
sino atendiendo de oficio  
a negocios importantes  
de Córdoba y su distrito.  
Soledad y ausencia llora,  
porque de pocos que han sido  
amantes de sus mujeres,  
éste fue el superlativo.  
Era su fe tan entera  
y su querer tan sencillo,  
que no supo qué eran celos,  
ni dio lugar a sentillos.

En esta misma sazón

Jorge, aunque favorecido,  
hubo, a pesar de su dama,  
de dar en Corte consigo,  
ora fuese de importancia  
la causa de este camino,  
ora, por disimular,  
hiciese aposta desvío;  
que nunca el que mucho yerra  
se halla entre sí bien quisto,  
y la culpa, aunque secreta,  
tiene en si propia el castigo;  
porque es fiscal la memoria,  
la conciencia mil testigos,  
la verdad recto jüez,  
verdugo el pecado mismo,

Llegado que fue a Toledo,  
fue a ver su cumblezo y primo,  
de quien, con limpias entrañas,  
fue abrazado y recibido.  
Preguntóle por su casa,  
de la cual nuevas le dijo,  
si no todas las que sabe,  
a lo menos, las que quiso.

Después besó al Rey la mano,  
y en la suya llevó anillo  
que de la traición oculta  
descubrió bastante indicio:  
don que no le fue, por cierto,  
para tal fin concedido,  
ni a tan triste ministerio  
se pensó ser ofrecido.  
Era un claro diámante,  
de gran fondo, limpio y fino,  
no menos por sí precioso  
que por su engaste esquisito.

Ésta fue la última prenda  
que, recelosa de olvido,  
dio Beatriz a sus amores  
cuando le vio de camino.  
No del real aposento  
hubo don Jorge salido,  
cuando el Rey mandó llamar  
a Fernando, y tal le dijo:

«Confuso y maravillado  
me tienes, por cierto, amigo,  
por dos cosas que no puedes  
escusarte si las digo:  
la primera es que, sin orden,  
enajenaste mi anillo,  
que debieras vinculalle,  
siquiera porque fue mío.

La otra, que más pondero,  
es el haberme mentido  
en decir que a tu mujer  
le diste, y tráele un vecino.  
Mucho mejor te estuviera  
mostrárteme agradecido  
que a Jorge tan liberal,  
y negarme lo que he visto.»

Nunca sentencia de muerte  
impresión tamaña hizo  
en pecho de algún culpado  
como en el sin culpa el tiro;  
porque siente sus agravios  
y el verse reprehendido  
a tiempo que la disculpa  
no carece de peligro;  
y así responde a su Rey,  
que le juzga convencido,  
como verisímilmente  
daba en el semblante indicios:

«No quiero darte descargo,  
buen Rey, de quien soy y he sido,  
aunque dalle tal pudiera,  
que me bastara contigo;  
mas, por ciertas ocasiones,  
al tiempo se lo remito,  
que será de mi entereza  
el verdadero testigo.  
Yo haré una información  
de la verdad que te he dicho,  
que en los anales de España  
permanezca su registro.  
Sólo a tu benignidad  
por merced pido y suplico

licencia de ir a mi casa  
a componer mis litigios.»

Tal le vio de lastimado,  
que, aunque no se satisfizo  
de su inocencia, el Monarca  
lo quedó de su castigo;  
y moderando el enojo,  
conforme a real estilo,  
le consoló en lo ya hecho  
y le otorgó cuanto quiso.  
ya parte de su presencia,  
y, de Jorge despedido,  
juzga el curso de las postas  
por carro lento y tardío;  
pasa la puente del Tajo,  
famosísimo entre ríos;  
llega a Orgaz, villa nombrada  
por el temple de los filos;  
luego a Yébenes, que es pueblo  
partido en dos señoríos,  
y después a Malagón,  
la del proverbio exquisito,  
dejando atrás los oteros  
del funesto Peralvillo,  
asombro de los traidores  
que saltean los caminos,  
porque la horrible memoria  
de los atroces delitos  
vive en tristes cuerpos muertos,  
para que tiemblen los vivos.

Atraviesa a Guadiana,  
aquel que es dos veces hijo  
de la tierra, pues su centro  
le da segundo principio:  
en esto es privilegiado,  
y en lo demás largo estigio,  
pues tiene saladas aguas  
y pescado desabrido;  
ya toca en Ciudad Real,  
humilde en sus edificios,  
aunque sana por su temple  
y famosa por su vino.  
Pasando más adelante,  
Caracuel sale al camino

y Almodóvar la del Campo,  
próspera de vellocinos,  
ricos campos ara y siembra  
y valles pace floridos,  
vacas sustenta a millares  
y de ovejas mil apriscos.

Ya la gran Sierra Morena  
muestra los cerros erguidos,  
abrigo del frío invierno,  
sombra del ardiente estío,  
y, al fin, regado ordinario  
de cualquiera peregrino,  
por la caza y por las ventas  
de que abunda su gran sitio.  
Era en el tiempo que Febo  
de Aries había salido;  
cuando la naturaleza  
restaura lo que ha perdido:  
al árbol vuelve las hojas  
que le quitó el yerto frío,  
dando a las mieses y prados  
de esperanza los vestidos;  
las aves, con dulce canto,  
fabrican sus dulces nidos,  
y los brutos animales  
de amores andan heridos;  
los peces pueblan las aguas  
de hijos no conocidos,  
Incomparable estrañeza  
contra el natural cariño;  
las solícitas abejas,  
con el blando susurrado,  
sacan preciosos licores  
de romerales floridos;  
el aire sano y templado  
consolara a cualquier vivo,  
sino aquel a quien fortuna  
trataba como a enemigo.

Pasando por Adamuz,  
de muchos fue conocido,  
aunque, de pura tristeza,  
pasar encubierto quiso.  
Prosiguiendo su viaje  
por el torcido camino,

pasando de venta en monte  
solícito y pensativo,  
vio desde un alto collado  
el asiento esclarecido  
de ti, Córdoba la llana,  
y de tus campos elíseos,  
y vio más que Tolomeo  
dejó en sus tablas escrito:  
tu cuerpo bello, apacible,  
con admirable atavío;  
tu cabeza, que es la sierra,  
tocada de un paraíso;  
tu cinta rica y preciosa,  
que es el caudaloso río;  
otros varios ornamentos  
de tu ropaje lucido  
son las fértiles campiñas,  
dehesas, huertas, baldíos,  
sotos, prados y olivares,  
granjas, viñas, cotos, sitios  
que califican tu seno  
y enriquecen tu distrito.

Revolviendo sus memorias,  
entre mil ansias metido,  
los umbrales de su casa  
dieron fin a su camino,  
si fin se puede llamar  
el escabroso principio  
de entrar tropezando en trasgos  
en un ciego labirinto.  
Ya pendía de su cuello  
la que un tiempo fue su alivio,  
y agora es sierpe enroscada,  
que se le tiene ceñido.  
Allí la cruel sirena  
salva (sin estallo) hizo  
de mentirosos abrazos  
y algunos besos fingidos.  
Maldice la ausencia larga  
que, a su pesar, ha podido  
eclipsar con cinco lunas  
el sol de sus ojos vivo.

¡Oh mujeres, las que errastes  
el verdadero camino!,

decidme: ¿cómo, engañadas,  
es engañar vuestro oficio?  
¿Quién os enseña el lenguaje  
halagüeño y fementido,  
y las blandas ceremonias  
entre el rigor y el cuchillo?,  
trato doble que en tal caso  
no aprendieron vuestros hijos,  
en quien el amor o el odio  
fácilmente es discernido.  
Verdad es que el justo enojo  
y el importante castigo  
piden agora en Fernando  
sagacidad y artificio:  
finge que trae calentura,  
por disimular lo tibio;  
mas ¿qué finge, si es honrado,  
y en su honor hay entredicho?

Y en su amor sacramental  
le hay también, porque el inico  
incesto violó sus aras,  
y lo tiene interrumpido.  
La noche pasa, y el sueño  
de ninguno es admitido;  
que él vela porque está malo,  
y ella, porque mala ha sido.  
Teme que ha de preguntalle  
por el trasportado anillo;  
aunque puede estar segura  
entonces deste peligro:  
que no es sabio quien no sabe  
hacerse desentendido.

Ya el sol las cumbres doraba  
con su resplandor divino,  
cuando Fernando salía  
de aquel lecho aborrecido.  
Apenas de su aposento  
salió, triste y pensativo,  
cuando en otro retirado  
llamó a su siervo Rodrigo.  
Éste fue un gallardo esclavo  
que, de incierto padre hijo  
y de cautiva africana,  
nació en su casa cautivo;

el cual, como algunas veces,  
por mano de un simple niño,  
con palabras generales  
le hubiese a Toledo escrito  
que diese vuelta a su casa,  
le preguntó cuál designio,  
qué ocasión o qué sospecha  
le movió a dalle este aviso.  
El esclavo, por estenso,  
el caso infame le dijo,  
aunque no tuvo paciencia  
para acabar bien de oílo.  
encomendóle el silencio,  
y aceptóle por amigo;  
que no se mejora menos,  
si es fiel, un libertino.  
Fernando tiempla su furia,  
que fue aplacar el abismo,  
porque una rabia celosa  
es infierno de hombres vivos.

¡Oh memorable hazaña,  
raro y singular aviso,  
no tomar satisfacción  
cuando faltan requisitos!  
Como el cazador astuto  
que a las redes le ha venido  
alguna simple avecilla,  
y la deja sin ruido,  
hasta que llegue la banda  
que, hendiendo el aire limpio,  
se acerca a la que primero  
ocupó el armado sitio.

Vuela el tiempo, pasa un mes  
y otro medio, aunque es un siglo  
para el que sufre y espera  
entre abrojos y cilicios.  
Pero ya la poderosa  
fuerza del fatal destino  
trujo de Toledo a Jorge  
a pagar el mal que hizo,  
y de Sevilla a Fernando,  
su dulce hermano y amigo,  
porque hermandad tan conforme  
nunca en la tierra se ha visto:

semejantes en los talles,  
en los rostros y en el brío,  
uno su tono de habla,  
y uno mismo era su estilo,  
dulce engaño de sus padres  
el tiempo que fueron niños.

Cruces traen de Calatrava,  
comendadores antiguos;  
y aunque no fueron de un parto,  
los hizo iguales un signo,  
pues su vida y condiciones  
fueron desto claro indicio,  
y sus muertes desastradas,  
dos verdaderos testigos,  
ejemplo y materia al mundo  
con memorable prodigio.  
A doña Beatriz visitan,  
y en secreto intempestivo  
le restituyen la prenda  
que tan costosa había sido,  
cosa que antes se hiciera,  
a no ser mayor peligro  
el descubrirse a un tercero  
que el habello diferido.

El Veinticuatro, abrazando  
la ocasión que ya previno,  
no perdiendo un solo instante,  
trató de cortar el hilo.  
porque está de gusto pobre  
de hacerse perdedizo,  
y cualesquier dilaciones  
dañan al apercebido.  
Convidólos a comer  
para el primero domingo,  
por sustanciar el proceso  
y averiguar los indicios.  
Sentados, pues, a la mesa,  
los ojos, que son testigos  
de los secretos del alma,  
callando hablan a gritos;  
y aun hubo quien estuviese  
del manjar tan divertido,  
que de la mano a la boca  
erró el derecho camino.

¡Pobre del que disimula,  
y comiendo basiliscos  
finge que le saben bien,  
y brinda a sus enemigos!

Alzada que fue la mesa,  
a sus cazadores dijo  
que en comiendo se aprestasen  
para el usado ejercicio,  
porque se quiere ir a monte  
por cuatro días o cinco,  
a un bosque, fragoso entonces,  
de fieras albergue y nido,  
y agora dicho Trassierra,  
que es de granjas paraíso:  
¡tanto es padre de mudanzas  
el tiempo, y antojadizo!  
Jorge y Beatriz desta nueva  
sintieron tal regocijo,  
que un buen letor en sus caras  
lo pudiera ver escrito.  
La casa de dentro y fuera  
resonaba con bullicio;  
las criadas fervorosas  
traen viandas, pan y vino,  
y enfundan los almofrejes  
con el regalado lino,  
subtil y rara invención  
para el humano atavío.

Los caballos en el patio  
daban soberbios relinchos,  
y los canes de traílla,  
alborozados ladridos.  
Todo sale puesto a punto,  
y Fernando iba vestido  
de verde, que presto espera  
ver en rojo convertido.  
Por la puerta del rincón  
sale, de muchos seguido,  
en un gallardo caballo  
de color rucio tordillo.

Con él van sus convidados,  
de los cuales despedido,  
se fue hacia la Merced,

y ellos hacia San Francisco.  
Risueños van y contentos  
de la suerte que han tenido,  
cuando Jorge a don Fernando  
estas palabras le dijo:

«Si suele el comunicarse  
hacer el bien más crecido,  
mucho añadido en el que tengo  
si esta noche os vais conmigo.  
Ya sabéis que donde amo  
soy muy bien correspondido,  
y la ocasión, que pintada  
a las manos me ha venido  
para que juntos gocemos  
el premio de mis servicios.  
Yo estaré con mi señora;  
vos, señor, entretenido  
con Ana, su secretaria,  
de quien sois galán bien quisto;  
y vos sabéis que no es fea  
ni para echar en olvido,  
y yo, que sois algo tierno,  
templado a lo de Calisto.  
Vaya por nuestro Sempronio  
mi camarero Galindo,  
porque es hombre confidente,  
secreto y bien entendido.»

Mientras esto se concierta,  
Fernando deja el camino,  
mandando marchar su gente,  
sino fue a solo Rodrigo.  
Ya el sol su cara escondía,  
cuando se quedó escondido  
en un montecillo espeso,  
donde estuvo sin ser visto,  
aguardando la hora y punto  
de ejecutar el castigo.  
Graves cuidados le cercan,  
y así hablaba consigo:

«¡Oh infame Elena segunda!  
¡A qué tiempo me has traído,  
sin que te diese ocasión  
para haberme así ofendido!

Y si lo fue para ti  
haberte tanto querido,  
temiérasme por honrado,  
si no por aborrecido.  
Y caso que por ventura  
te fuera indigno marido,  
degenerar no debieras  
de tu linaje patricio,  
y el lustre que en sus matronas  
al mundo ornamento ha sido,  
para más vergüenza tuya,  
para mas agravio mío.

¡Oh Ulixes griego, dichoso  
entre cuantos han nacido,  
pues, tras los grandes trabajos  
de aquel destierro prolijo,  
hallaste el tálamo casto,  
por más que fue combatido,  
y siendo de Penelope  
casi por muerto tenido,  
fuiste como tal llorado,  
y esperado como vivo!

Cielo, tú que eres agora  
de mis agravios testigo,  
y mueves tus influencias  
sobre este mundo mezquino,  
no quieras que culpa ajena  
prevalezca en daño mío.  
Favorece mis intentos  
que justos son, yo lo fío;  
y si allá tienes dispuesto  
por algún hado preciso  
que no consiga vitoria  
de mis fieros enemigos,  
esta despreciable vida  
ofreceré en sacrificio;  
porque quien vive sin honra,  
no puede llamarse vivo.

Y tú, mudable fortuna,  
que me tienes ofendido,  
pudiste con fuerza esquivar  
dar en el suelo conmigo;  
pero no podrás privarme

del poder en que restribo,  
que es hacer lo que en mí fuere  
en la demanda que sigo.»

La sombrosa noche estaba  
en medio de su camino;  
callaban montes y valles;  
los pueblos hacen lo mismo;  
el dulce sueño profundo  
daba el sosiego y olvido  
al humano entendimiento,  
de mil congojas archivo,  
y a los miembros trabajados  
en diversos ejercicios  
(tregua piadosa del tiempo  
adormecer los sentidos),  
cuando deja el verde lecho  
el caballero afligido,  
la rienda toma en la mano,  
poniendo el pie en el estribo,  
y puesto firme en la silla,  
para Córdoba se vino,  
como el que a reconocer  
llega el contrario presidio.

Dejó a recado el caballo,  
y rastreando un portillo,  
le halla y entra por él,  
aunque estrecho se le hizo.  
No encuentra ronda en las calles,  
ni menos hombre nacido;  
todo estaba en un silencio  
de ninguno interrumpido;  
hasta los canes caseros  
no dan molestos ladridos,  
que a los hurtos amorosos  
son mortales enemigos;  
sólo de noturnas aves  
se escuchan tristes aullidos;  
que siempre en casos funestos  
endechan con más ahínco.  
Quebranta su propia casa,  
y en cierta pared subido,  
ayudado de su esclavo,  
le ayuda y lleva consigo.  
Fueron a dar a las piezas

donde estaban repartidos  
los huéspedes mal mirados,  
torpemente entretenidos,  
con luz y mucho sosiego,  
de su daño inadvertidos,  
y de pensar que la Parca  
les quiere cortar el hilo.

Agora, ¡oh hijo de Venus!,  
Invoco otra vez tu auxilio,  
para contar tus hazañas  
en versos con sangre escritos;  
pues, aunque en ocio y blandura  
naces dulce, afable niño,  
después, como rey tirano,  
bebes la de tus amigos.  
Ya está Hernando en la sala;  
deja a la puerta a Rodrigo;  
la espada lleva desnuda  
y él va de esfuerzo vestido;  
arremete contra el lecho,  
mal guardado y bien sabido,  
ardiendo en honrosa saña,  
como honrado y ofendido.  
Jorge, medio sin acuerdo,  
con su espada se le vino;  
mas, vergüenza y sobresalto  
le embotan la punta y filos.  
Hernando cierra con él,  
después de habelle herido  
de un terrible tajo abierto  
cerca del siniestro oído,  
y dióle tres puñaladas,  
que al morir dieron postigo,  
con sangre y dolor inmenso  
y mal formado gemido.

Ya andaba el triste bascando,  
y el cuerpo en tierra caído  
celebraba con el alma  
aquel divorcio temido,  
cuando a su hermano, que estaba  
en un retrete dormido,  
Ana despertó diciendo:  
«¡Señor, que somos perdidos!»  
-«¿Cómo así? -dijo- ¿Esto pasa?»-

Y saltó despavorido,  
con la que antes fue acerada  
y entonces era de vidrio;  
y así, embistiendo con él  
aquel severo ministro,  
le hizo igual a su hermano  
en la muerte y el castigo.  
Ana imploraba clemencia,  
pero poco le ha valido;  
que de servicios y vida  
le dieron el finiquito.

Beatriz estuvo a estas cosas  
presente y fuera del siglo,  
porque un desmayo mortal,  
causado del temor frío,  
le suspendió las potencias  
y privó de los sentidos;  
y así, le fue por entonces  
su amargo fin diferido,  
porque despierta pagase  
el mal que despierta hizo.  
En un rincón de la sala  
hubo señal de rüido,  
y fue que detrás de un cofre  
estaba el pobre Galindo,  
el cual, de puro temor,  
aun no osó estar escondido,  
y más porque el presentarse  
desagrava los delitos.

«¡Por Dios todopoderoso  
-al Veinticuatro le dijo-,  
valeroso caballero  
que te humanes hoy conmigo!  
¡Alza de mí la venganza,  
pues nunca te hice tiro  
con obra ni pensamiento  
más que a la luz con que miro.  
Ya sabes de los que sirven  
cómo no son de sí mismos,  
y que traen la voluntad  
con esposas y con grillos.  
Arrastrando entré en tu casa.  
por los cabellos traído,

y más como buen criado  
que no como mal vecino.  
Si yo a mi disposición  
usara del tiempo mío,  
si lo que tengo de noble  
no me faltara de rico,  
¡cuánto mejor estuviera  
en mi reposo dormido,  
que de pecados ajenos  
hecho, por mi mal, testigo!

Califique, pues, tu nombre,  
la fama, y cuente en sus libros  
que en el día de tu saña  
fue piadoso tu cuchillo.  
Yo, que, víctima inocente,  
deslustro tal sacrificio,  
seré eterno blasón suyo,  
si por tu clemencia vivo.»  
Hernando al humilde ruego  
estuvo casi movido,  
y preguntóle a su esclavo:  
«¿Qué te parece, Rodrigo?»  
Respondió: «Señor, los menos  
vivan de tus enemigos.»

Y así, fue éste suplicante  
sangriento yunque a los filos.  
Tiénesse por caso cierto  
que fue hecho del cautivo,  
y que le pesó a su dueño  
del negocio compasivo;  
aunque de enojado ciego  
y lince de prevenido,  
siguió la matanza fiera,  
como lobo en el aprisco:  
mató ancianos escuderos,  
a los porteros ariscos,  
las dueñas y las doncellas,  
los pajes grandes y chicos,  
a los mozos de caballos,  
y hasta los perros mismos  
aullaron pasando muerte,  
y gatos dieron maullidos.

A una mona y papagayo

no les valieron graznidos,  
ni los inquietos saltos  
a un atribulado gimio.  
Esta confección de sangres  
hacen de la casa un río,  
en que el honor se restaura,  
cobra fuerza y queda limpio.  
Los racionales y brutos  
murieron como se ha dicho,  
porque del juicio final  
diese esta venganza indicios.

Ya el alba se levantaba  
de su lecho alabastrino  
y sus rosadas mejillas  
mostraban color distinto  
en todo lo que la noche  
tuvo en uno confundido,  
siendo capa a pecadores  
y sombra de maleficios,  
cuando Beatriz en sí vuelve,  
y recupera el sentido;  
suspirar, porque aún vivía,  
fue lo primero que hizo,  
y, vuelto el rostro turbado  
al indignado marido,  
le vio de sangre cubierto,  
con el color amarillo,  
horrible el ceño y semblante  
y de cólera encendido.  
Bajó los ojos al suelo,  
temerosa de lo visto,  
y vio el destrozo sangriento  
para dolor más esquivo,  
sintiendo los grandes males  
de que la causa había sido.

En esta cruel reseña  
vio su túmulo preciso;  
cuajósele allí la sangre,  
quedó el cuerpo helado y frío,  
los labios se le secaron,  
los ojos hacen lo mismo;  
que el licor faltaba al llanto  
y el aliento a los suspiros,  
porque la pena rabiosa

cerró todos los caminos  
que a los tristes lastimados  
suelen ser de algún alivio.

La lengua sola probada  
a defender su partido,  
aunque la culpa y el miedo  
la privaban del oficio.  
Tres veces probó a hablar,  
y otras tantas perdió el tino;  
la voz salió sin efecto,  
formando un ronco sonido;  
a la cuarta, como pudo,  
dijo, como desde el limbo,  
la desdichada señora  
estas palabras que escribo:

«Pues mi yerro es sin disculpa,  
del remedio desconfío;  
y porque sé que es muy fea  
la traición que he cometido,  
si ya perdón te pidiese,  
¡oh Hernando, señor mío!,  
sería irritar tu enojo  
con otro nuevo delito.  
Satisfágate mi muerte  
de lo que mal he vivido:  
justo es que mi cuerpo pague  
la maldad torpe que hizo,  
pues fue siervo de la pena  
cuando se rindió a los vicios.  
Tú lavarás con mi sangre  
tu agravio y mi desvarío,  
y yo saldré de la deuda,  
de tal caso, y tal marido,  
a quien tan mal conocí,  
por no habelle merecido.  
Sólo para arrepentirme  
un breve tiempo te pido;  
confesaré mis pecados  
con doloroso gemido,  
porque si el alma no pierdo,  
todo es poco lo perdido;  
y si acaso, porque es mía,  
también la has aborrecido,  
debes por fuerza estimalla,

porque Dios la ha redemido.»

Tal eficacia tuvieron  
las verdades que le dijo,  
que sacaron tierno llanto  
de aquel pecho diamantino;  
mas el noble corazón  
jamás se ve tan esquivo,  
que no acuda blandamente  
a lo justo y bien pedido.  
Hizo oficio de albacea  
el verdugo de Galindo,  
y trújole un confesor,  
que confesión pidió a gritos;  
porque, ignorando la causa  
y pisando un mar sanguino,  
entre veinte cuerpos muertos,  
juzgó su fin por venido.  
Su penitente le anima,  
y puesto Dios por testigo  
le manifiesta sus culpas,  
y él la absuelve enternecido.  
Perdón la deja pidiendo  
a los pies de un Crucifijo,  
y él, puesto a los de Hernando,  
tales palabras le dijo:

«Si la más alta vitoria  
es tenella de sí mismo,  
y es generosa venganza  
perdonar al enemigo,  
católico caballero,  
por muerta a Beatriz te pido.  
Viva a Dios, y muera al mundo,  
en penitencia y cilicio;  
que, trocado nombre y señas,  
en un convento me obligo  
a hacella monja oculta,  
donde sirva al que la hizo.»

«Padre -entonces le responde-,  
muy bien estoy con lo dicho,  
pues a cada cual le toca  
hacer su debido oficio:  
Vos habláis conforme al vuestro;  
yo haré conforme al mío,

y aun hiciera el de Saturno  
en comer mis propios hijos  
si desta enemiga mía  
alguno hubiera tenido,  
como ya lo deseaba  
con mi corazón sencillo.»

Estas palabras diciendo,  
de justo enojo movido  
más que de coraje ardiente  
ni deseo vengativo,  
entró donde en mármol pario  
pensara ver, por Lisipo,  
un ángel, si de los ojos  
no le descendiera un Nilo,  
y tras él, la roja sangre,  
por el nevado camino  
que abrió en el hermoso cuello  
con su puñal acerino.  
Tal quedó como la rosa  
que de su lugar nativo  
destronca el robusto arado,  
aunque por más beneficio.

¡Oh belleza, a los humanos  
agradable paraíso,  
gloria y vida de los ojos,  
de las almas dulce alivio,  
retrato de todo el bien,  
proporción con señorío!  
¡Qué pensiones son las tuyas!  
¡Cuán costosos son tus tiros!  
¡Cuán graves tus contrapesos!  
¡Cuán minados tus castillos!  
Mal segura es tu defensa,  
muchos son tus enemigos,  
terribles tus asechanzas  
y espantosos tus peligros.

Por tanto ¡oh vos las hermosas,  
que, imitando al blanco armiño,  
moriréis por no enlodaros  
a manos del Rey Tarquino,  
tened honesta mancilla  
de las torpes que, sin juicio,  
deslustran de la belleza

el esmalte más divino!  
No hay luna pura eclipsada,  
ni espejo empañado limpio,  
ni hermosura sin honra,  
ni sin modestia atavío.  
Ya de Francia a toda furia  
se mete por el camino  
el recién viudo Hernando,  
con gusto recién nacido.  
No tuvo en todo el viaje  
caso de memoria digno,  
por ser tal la causa dél,  
que deja atrás infinitos.

Luego, pues, que tuvo el Rey  
del negocio entero aviso,  
y por sus pasos contados  
se halló el primer testigo,  
por esto, y porque la Reina,  
honra de cuantas lo han sido,  
justificó heroicamente  
aquel ejemplar castigo,  
el Católico perdona  
al Cordobés forajido,  
y, vuelto a su patria cara,  
honrado y favorecido,  
celebró segundas bodas  
y a Costanza fue marido,  
estremo de honestidad,  
de hermosura, y aviso  
de la estirpe generosa  
de Haros, crisol antiguo,  
y clara más por su fama  
que por sus altos principios.  
Desta tuvo sucesión,  
y después, de padre a hijo,  
nunca han faltado herederos  
de su casa y de sus bríos.